

Retrato algo movido de Gabriel Aresti

por Luciano Rincón

Detesto las necrologías. Detesto decir de cada muerto, o de cada conmemorado, que nunca jamás hubo sobre la tierra varón tan preclaro o moza tan hermosa, mentiras fácilmente comprobables cuando, por oscuras razones de la Historia que parecen propiciar los directores de los periódicos, se mueren tres o cuatro importantes en un año. Cosa que suele suceder cuando a la cultura la entra como una desgana histórica y se mueren seguidos unos cuantos de sus más ancianos y fieles servidores. Detesto todo eso y a pesar de todo voy a escribir en un homenaje, en el de Gabriel Aresti.

Gabriel Aresti y yo nos tratamos como dos seres humanos. Es decir, a ratos bien y a ratos mal. Eso me parece que me permite asegurar que tuve más amistad con él, que quienes siempre le dijeron *amén*, o se callaron ante sus destemples, o que quienes siempre se le opusieron porque únicamente se fijaron en sus excesos. Él, de mí, aparte de su opinión definitiva, que no la sé ni ya importa recordaba dos cosas que permiten dar la medida de nuestra relación personal. Una, mi irritación y un telegrama impertinente que le dirigí cuando ganó un Premio Nacional de Literatura en euskera que entregaba Manuel Fraga; otra, que, poco después de ello, fui el primero en felicitarle por un nuevo texto, no recuerdo en este momento cual. A mí su obra me importaba y me importa mucho, aunque la lea en castellano -que es como una herejía ante un hombre que tanto batalló por el euskera- pero me irritaba cuando, desde su concepción de una lucha por la libertad en mi opinión meramente culturalista, se permitía el demagógico ripio del *"Muchacha, ya no me digas/ nunca veleta/ que me he vuelto un hombre serio;/ me he hecho del..."*; y que por cierto se llama *"La copla del estudiante"*.

Gabriel Aresti me parece un excepcional poeta y una personalidad singular. Personalidad devorada a veces por las contradicciones que nos rodeaban, sin saberse nunca con exactitud -pese a la actual disputa de todos los exegetas por llevárselo a su huerto- por qué otra causa concreta sé decidía más allá de su ya citado excepcional envío poético. Y en ocasiones, Gabriel resolvía sus contradicciones con exabruptos. Creo que la amistad con él, la de verdad, profunda y extensa, mas allá de la devoción o del rechazo, no era fácil. Y creo también que es uno de los nombres, y obras, que quedará, uno de los pocos, de los años en que coleábamos de tertulia en tertulia, de intento en intento, de vacilación en vacilación y de equivocación en acierto y viceversa. Tertulias como la de *"La Concordia"*, sobre la que alguna vez habrá que escribir largo; cosa que se dice siempre de todo aquello que no se piensa hacer nunca. Uno de los pocos que quedarán de todos los que por allí pasaron, muchos de los cuales allí se quedaron culturalmente hablando. Y me refiero tanto a los que no prosiguieron como a los que no han dejado de decir lo mismo y de la misma manera desde entonces.

En aquellas tertulias estaba casi siempre Gabriel. Y casi siempre discutiendo. Y algunas veces incluso justificándose, o eso me parece a mí, porque la *"copla del estudiante"* no fuera en su conducta más que una copla y encima de estudiantes. Pero eso también formaba parte de su importante personalidad; una personalidad que empapaba su obra.



textos selecciona-

No sé si mi participación en este homenaje -si es que esto es un homenaje, que no estoy muy seguro- encaja en lo que tradicionalmente se considera como tal. Yo fui amigo suyo. Yo le aguanté en la misma medida en que él me aguantó a mí. Yo admiré y admiro su obra. Mi recuerdo permanece en cada uno de sus versos, que muchas veces representan cada uno de sus gestos, porque todos son parte de su obra y de su vida. No es fácil retratar a Gabriel, se movía demasiado.

(del número 0 de Zurgai "Extraordinario Gabriel Aresti" , Mayo de 1984)